

LA FUERZA QUE HAY EN UN PASO

Roberto Quiroz Pizarro.

I

Al decirse que el "amor a la sabiduría" germinó especialmente entre los griegos, se pueden establecer variadas capas y vislumbres que elevan nuestra atención hoy.

Una de ellas consiste en esa sensación de que la filosofía trae novedades en su manera propia de proceder. La creación filosófica viene a ser como una condensación de la sensibilidad y del intelecto humanos, una reverberación refleja del mundo exterior e interior cuyas características no revisten tan sólo una disposición lógica de la comprensión. Así tomamos en perspectiva a la filosofía griega como el enriquecimiento de una estructura de conciencia que pudo tener en el hombre una nobleza y rareza original, la cual podría plantearse sencillamente así: la de una cuestión de preguntarse cuáles son los criterios de una experiencia auténtica con el ser, con el propio vivir. Quizá ya no fue el delirio del *mithos* o de la creencia pasiva sino la búsqueda de la experiencia racional la que lo llevó a probar un nuevo escalón en su contemplación del universo, o a distanciarse de su monotonía con las cosas, y a presentir una vivacidad que emergía por salir de él mismo, mezcla de una animalidad trastocada por experiencias inexplicables y colmado de alegría, aplastado o liberado de su condición errante en la historia. Del mito al logos, un nuevo parto que fue entonces la pesada piedra que los griegos apuntalaron en su acrópolis humana.

Recuerdo las palabras de una historiadora y estudiosa del mundo griego, la que alguna vez me dijo que su admiración por el *homo hellenicus* tenía por centro el que ellos veían a la razón como una luz protectora del hombre, una inteligencia alerta y creadora que no necesitó de un texto sagrado escrito por ningún Dios, al uso tradicional de los monoteísmos. Al contrario, los griegos supieron mantener la libertad de una mitología y la pluralidad de símbolos que como agua fresca alimentaron las pasiones y las ideas contra el cautiverio de las rígidas normas establecidas por una supuesta intervención providencial en la historia o la figura de los profetas. La ficcionalización de la realidad por las interpretaciones mitológicas, el legado ancestral de las pautas religiosas para adaptar su paso al de un mundo desconocido, temido y

Roberto Quiroz P., La fuerza que hay en un paso

expuesto a peligros, constituyeron ciertos aspectos regenerativos, los que sumados a una suerte de ingenuidad perdida y una fe desenterrada de la conciencia humana, supieron convivir con el repentino auge y fuerza que adquirió en Grecia el "libre pensamiento". Pero la tarea requería al menos estar atraído por esa liberación de los ídolos, de las ataduras míticas. La raíz de la filosofía irrumpe como la iconoclastia, o sea, la comprensión permanente del precepto "no te formarás ninguna imagen", ninguna respuesta definitiva y absoluta. Entre otras cosas fue el gesto potencial para descubrir el kosmos y la physis y saber que ya nada es familiar, y que sintiéndose como fuera de hogar, el hombre tuvo que navegar en una extrañeza intelectual, existencial y vital. Luego leí el siguiente pasaje de Nietzsche: "De entrada el primer acontecimiento de la filosofía en tierra griega, la sanción de los Siete Sabios, es un trazo neto e inolvidable del cuadro de la esencia helénica. Otros pueblos tienen santos; los griegos tienen sabios. Se ha dicho con razón q un pueblo queda caracterizado no tanto por sus grandes hombres como más bien por la forma como los reconoce y honra. En otras épocas es el filósofo un caminante accidental y solitario en un medio extremadamente hostil, que o se desliza huraño o se abre paso con sus puños cerrados. Únicamente entre los griegos el filósofo no es un fenómeno accidental...".

Entonces tales palabras de la profesora me parecieron de enorme vigencia en nuestro entorno moderno, tan atomizado de religiosidades y sectarismos que abortan los ejes intelectuales de cada persona, ya sea por simple comodidad, o miedo ideológico. Miedo a la libertad y miedo al pensamiento.

¿Qué se quiere decir con el nacimiento de la filosofía en Grecia? Nada más y nada menos que señalar que este "amor a la sabiduría" tuvo la oportunidad y el triunfo en sentido inaugural, de poder dejar sus huellas en una cultura en donde la "imaginación de los caminos" poseyó toda una juventud no perdida, una completa lozanía espiritual para buscar las preguntas esenciales del ser humano. Ese acto civilizatorio se mantiene todavía visible y esperamos que sea vigente para todos quienes valoran una apertura hacia la verdad -- un sentimiento algo vivo y más parecido a una pulsación multiforme. El lado contrario a tal impulso, mirado a veces como deshumanización, o como la atrocidad de la mente, viene a ser tanto una especulación desbordada de los márgenes humanos como la imposición de un único camino para palpar el paisaje de la vida. Vale la pena entonces recordar que los filósofos griegos nos dieron esa imagen del hombre penetrado de imprevistas nuevas visiones. Siempre nuevo, siempre viejo, la filosofía aparece como un ropaje imposible de ocultar.

Otra de las metáforas sapienciales que han sido vertidas por los propios filósofos en su afanosa carrera, es la de que se han visto maravillados por una acción desinteresada del alma. Ha sido el milagroso e íntimo existir en extremo, y la asombrosa consternación de saber que delante de ellos se esparce un mundo ignoto, un mundo de los sensaciones, de las emociones, de las ideas, de la creación sin fin, la que los ha eclipsado de deseo y entusiasmo para expresar ese mismo núcleo de mil formas diferentes. Tras uno y otro intento, quizá uno por allá en las costas de Asia Menor, u otro emanado desde la misma geografía mediterránea, es que va a resultar que la filosofía traerá exponencialmente la tentativa de apresar esa vivencia límite ante todo lo existente, incluido el mismo hombre. Su vía más recurrente sabe que será la vida teórica, una conciencia interiorizada, la contemplación de los fenómenos, el traspasar del tiempo. Entonces, la actitud filosófica del hombre griego va a ser una reacción y un afán de respuestas ante el rostro de la realidad, y por cierto, un desafío inabarcable de una sola vez. Al igual que en las tinieblas de la noche, el ser humano ve apagarse viejas respuestas, y nuevos continentes nublan sus ojos, y no acostumbrado al camino de su tiempo da pasos que no sabe si serán audibles, comunicables. En medio del eclipse, el hombre gesticula, en el sonido del silencio, intenta pensar, consciente de su finitud, busca su puesto en el mundo.

Pero la historia de una acción humana como lo es la del filosofar, ¿no puede también poseer unas raíces cuyo abordaje ya no es totalmente comprensibles por nosotros, pues necesitaríamos remontar la barca del tiempo? Acaso no le produjo pavor al primer hombre develar la multiplicidad de la realidad, desenmascarar las sombras de un mundo incomprensible. Algo de temor oculto pudo gravitar en esa apertura a la racionalidad, en ese desprenderse de la perplejidad cósmica, flotar en un asomo mínimo por mitigar las penumbras de la existencia humana,,,, A esta perplejidad creciente, a la vez gozosa y dolorosa, eternamente nueva y también liberadora, fue a lo que los griegos le dieron el nombre de "thaumázein", el asombro o la extrañeza radical. Tal extrañeza es algo inédito, una experiencia que se remonta hacia lo incomprensiblemente otro, hacia el misterio. Así vemos al hombre queriendo acercarse a los dioses, otorgándoles honor y siguiendo sus dictámenes, pero siendo también sabedor que ellos distan de su esfera humana.

Sin embargo, ahora que portamos una actualidad de continuadores -- aunque raramente se note--, más que esta ilustrativa trayectoria del mythos al logos, lo que cabría preguntarse coyunturalmente de fondo es qué ha

Roberto Quiroz P., La fuerza que hay en un paso

conseguido el hombre con ese proceder. Ha conseguido ganar más libertad, ha sido un paso decisivo en la defensa de la dignidad humana, o ha sido un paso perdido, una excusa para no vivir a conciencia. Qué le otorga o qué le impone la tarea filosófica al hombre común que convive implantado en una guerra de ideologías, o al intelectual moderno, el cual con qué facilidad acusa a la sociedad y le enrostra sus muletas morales o espirituales, y que al mismo tiempo se olvida que también él es hijo de ese engranaje social. O podemos inquirir si a estas alturas de la tensa cuerda de Oriente y Occidente, ¿se puede permitir que la filosofía sea una simple labor de especialistas y de hombres que "lenguajea", o que más bien discuten sofisticadamente para pasar el rato y no cambiar el mundo?. ¿Puede la filosofía soñar con otro mundo? ¿Por qué?

Grecia nos dio su respuesta. En la cultura griega la filosofía hechó bases en la misma polis porque ella fue transmisora de valores sustentados por la palabra y el hábito de pensar. Podemos decir que lo natural de la filosofía es concienciar la vida humana, dotarla de mayor amplitud, mostrar que el imperativo délfico nos reclama a cada paso, y que en cualquier jornada de lo que se vive, se hace y se siente, estamos impregnando una filosofía sin nombre en nosotros.

Tener el valor de darle un nombre propio, personal, intencional, es la legítima entrada que podemos darle a los grandes filósofos que desde Grecia y aún antes que ella, nos acompañan.

Sabemos que de alguna manera la filosofía griega democratizó el sentimiento de lo humano, legitimó el sentido de la polis como habitat que sabe preservar lo que de mejor tiene el hombre, su libertad, su pensamiento y su solidaria presencia. Sin embargo, tampoco tenemos el ánimo de enfatizar y así dogmatizar lo que fueron las fermentaciones filosóficas que en Grecia salieron al mundo con nueva luz. Esto porque la propia cultura y el alma griega también son un laberinto sustancial que no parece dejarse montar -- como un minotauro--, completamente por una mirada ya moderna como la nuestra. El gran estudioso C. M. Bowra ha desentrañado esa vastedad señalando que "Los griegos, que dieron a la humanidad sus más fantásticos mitos, se han convertido a su vez en seres casi míticos[...] Si sus realizaciones están resgistradas en el calendario de los años, tienen una segunda existencia que el tiempo ni toca ni mancilla [...] Casi todo lo griego ha sido tan transfigurado por los siglos de rendido culto, que es difícil contemplar a los griegos con ojos despejados o conocerlos tal y como fueron en realidad". Asimismo es la suerte que corre la filosofía, una viajera que todos han visto cruzar la vida del Hombre pero que nadie puede decir hacia donde se dirige.

II

Hasta ahora hemos de concordar en esto: el asombro, la creatividad y la exploración misma fueron la semilla que floreció en cada hombre, en cada filósofo de aquella geografía. Sin embargo, hay que hacer notar que no siempre el escenario fue todo lo deseable que se pudiera pensar: hambrunas, pestes, guerras, beligerancia e intriga política, esclavitud, discriminación femenina, constituyeron algunas de las variadas grietas que siempre asoman en la historia de la humanidad. Pese a las amenazantes y cambiantes circunstancias, en definitiva, pareció que el cielo de Grecia estuvo cubierto de espiritualidad, y por ello el imperativo supremo de exaltar las fuerzas humanas nunca pareció tan próximo como en los albores de la Grecia clásica. En efecto, al soltar una simple hojeada a lo que fueron los espacios y asentamientos arqueológicos que acompañaron la identidad griega, uno toma conciencia de la enorme ligazón y pluralidad de formas en que se cimentó la soberana creatura de la polis. Dentro de éstas, vivieron no solamente los hombres sino también los santuarios, templos, ágoras, teatros, estadios, gimnasios, palestras y otras adaptaciones que fueron necesarias para el existir cotidiano y más profundo también.

El legado de Grecia pues, es mayúsculo hasta nuestro presente: desde la época de Homero tenemos Olimpiadas, las cuales individualmente pusieron en alto no sólo la fuerza bruta sino la armonía, y societalmente pudo ser vista como una primera filosofía de la paz, en la que los conflictos de un pueblo con otro se vieron relegados a un segundo plano; con Pericles, el estratega iluminado, asomará un cosmos de cultura, insólito apogeo que echará las bases del ascenso individual y social; con el Partenón, la geometría hizo de las texturas y perspectivas un ritmo apolíneo y dionisiaco; con los pensadores presocráticos, el hombre dio el revolucionario paso del mito a logos; con la enseñanza de los sofistas, la palabra fue vehículo de nuevos méritos personales, y fundamentalmente de una democratización del logos que no estuvo ausente de viejas querellas y tentaciones; con Sócrates, el talentoso dialogador ateniense, la filosofía cobró su primer mártir del humanismo y del bien ciudadano; con las escuelas de Platón y Aristóteles, el pensamiento desarrolló sus grandes pergaminos en aspectos abstractos, éticos y científicos; con la prodigiosa aventura de otro estratega, Alejandro Magno, se traspasaron fronteras impensadas hasta helenizar importantes partes del Oriente. Finalmente, junto a todo lo anterior, se recordará que los escritores del Nuevo Testamento una vez que rompieron o flexibilizaron las prisiones de su linaje, pudieron entrar en contacto con el mundo helénico y emplear su

Roberto Quiroz P., La fuerza que hay en un paso

milenaria lengua para difundir un evangelio, que purificado y humanizado todavía puede conmover.

Para unos Grecia ha sido la búsqueda o la culminación de la belleza, de la perfección, el sueño de la armonía completa; para otros, un intento titánico de fermentar valores y hallar un orden no siempre presente. En verdad, es justo y esperanzador que todos quienes miren a Grecia con una serena admiración la sientan de muy diversas formas.

En una palabra y tal como se nos enseñó desde pequeños, vale la pena recordar que la Hélade, la eterna tierra de la mitología y del logos, seguirá siendo la cuna de la cultura y la partera indiscutible de la civilización occidental por los siglos de los siglos.